

# Abelardo Castillo, crónicas editoriales de un estado de sublevación: 1966-1969

RODRIGO MONTENEGRO

Universidad Nacional de Mar del Plata

Recibido: 31/3/2017

Aceptado: 16/4/2016

**Resumen:** En una serie de textos editoriales y una crónica publicadas en la revista literaria *El Escarabajo de Oro*, Abelardo Castillo elabora una voz testimonial del clima político argentino en el final de la década del 60. En 1966 el proyecto editorial dirigido por Castillo alcanza la publicación de treinta números; y al mismo tiempo, se produce la autoproclamada Revolución Argentina que derroca la presidencia de Arturo Illia, acontecimiento que inicia una década de insurrecciones políticas y represión estatal. La línea editorial de la revista se condiciona en respuesta al nuevo momento político. En este panorama, el texto de Castillo dedicado a las protestas en Córdoba durante mayo de 1969 elabora una representación paradigmática del escritor testigo; un cronista posicionado como un ojo que ve y registra críticamente en su escritura la inminencia de un estado de sublevación. La crónica editorial se propone como una indagación que excede las ortodoxias políticas e ideológicas, y en su lugar plantea un recorrido a través de múltiples factores implicados en la fisura de un orden político y social que, en el contexto argentino, se materializa en la dictadura de Onganía.

**Palabras clave:** Castillo, Cordobazo, crónica, crítica política

**Abstract:** In a series of editorial texts and a chronicle published in the literary magazine *El Escarabajo de Oro*, Abelardo Castillo elaborates a testimonial voice of the Argentine political climate in the late 1960s. In 1966 the editorial project directed by Castillo reaches the publication of thirty numbers; at the same time, there the self-proclaimed Revolución Argentina overthrows the presidency of Arturo Illia, an event that begins a decade of political insurrections and state repression. Consequently, the editorial line of the journal is conditioned to the new political moment. In this panorama,

Castillo's text dedicated to the protests in Cordoba during May 1969, elaborates a paradigmatic representation of the writer witness; a chronicler positioned as an eye that sees and critically record in his writing the imminence of a state of revolt. Castillo's editorial chronicle is proposed as an inquiry that exceeds an orthodox political-ideological position, and instead proposes a route through multiple factors involved in the fissure of a political and social order that, in the Argentine context, materializes in the Onganía dictatorship.

**Keywords:** Castillo, Cordobazo, chronicle, political criticism

“Habr , pues, que modificar levemente la sintaxis. Vuelve a suceder que la realidad corre más r pido que nuestra prosa.”

Abelardo Castillo *El Escarabajo de Oro* n  31-32-, 1966.

“Yo he estado toda esta última semana en Córdoba. Vi en la calle Obispo Trejo, en una plazoleta, la inscripción: Calle Camilo Torres”

Abelardo Castillo *El Escarabajo de Oro* n 39, 1969.

## 1.

Las revistas *El Grillo de Papel* (octubre de 1959 - octubre/noviembre de 1960) y *El Escarabajo de Oro* (mayo/junio de 1961 - julio/septiembre de 1974) forman parte de la constelación literaria y crítica que construye el convulsionado imaginario de las décadas del 60 y 70. En sus páginas, Abelardo Castillo, quien desempe n  invariablemente el rol de director, desarrolló un tipo de escritura que articuló su propia figura de escritor como ejercicio singular del compromiso, esto es en diálogo con los acontecimientos de su escena política y cultural. En este sentido, sus editoriales, ensayos y crónicas se presentan como discursos efectuados en la estela de la

tradición de la filosofía y la literatura occidental –del joven Marx a Sartre, de Dostoievski a Kafka y Borges–, así como con la inminencia de coyuntura política argentina. El perfil filosófico-político de las revistas forma parte del complejo panorama de la década del 60 y 70, en ellas se produjo la fuerte vindicación de un marxismo atravesado por el existencialismo sartreano de flexión latinoamericanista. Tal como advierte Horacio Tarcus en “El corpus marxista”: “No podrían comprenderse acabadamente la crítica literaria ni el ensayo filosófico y cultural de las dos década que transcurren entre los dos golpes militares que derrocaron a sendos gobiernos peronistas (1955-1976), sin atender al auge que simultáneamente conoció la cultura marxista en la Argentina” (1999: 465). Teniendo en cuenta este panorama, tanto la revista *Contorno* como *El Grillo de Papel* y luego *El Escarabajo de Oro* son interpretadas por Tarcus como publicaciones en las cuales es posible advertir la modulación de un “Marx sartreano” (1999: 484), manifestación del pensamiento político característico de la emergente nueva izquierda argentina durante la década del 60. Ahora bien, el signo característico que define y diferencia las publicaciones dirigidas por Castillo frente a las revista de los hermanos Viñas se encuentra, por un lado, en un acontecimiento político-coyuntural. El marxismo sartreano de las revistas de Castillo se encuentra “revitalizado [...] por la irrupción de la revolución cubana. Mucho más abierta a nuevas experiencias literarias que las revistas oficiales del PC” (1999: 488), y es esta experimentación literaria, característica de los modos literarios de la década del 60, la que se impone como rasgo de identidad y fundamento del proyecto de las revistas enfocadas, ante todo, hacia la literatura. Sin embargo, es en el espacio generalmente reservado para el comentario editorial donde Castillo, y el colectivo de autores que compone la publicación, asume una voz abiertamente política; práctica que se inicia en 1959 y se mantiene hasta 1986 cuando se clausura el proyecto de la revista *El Ornitorrinco*.

## 2.

Ahora bien, hacia 1966 *El Escarabajo de Oro* se encuentra con dos acontecimientos que implican una escansión en su proyecto editorial; por un lado, se alcanza la publicación de treinta números, con lo cual se cierra un ciclo interno para la revista; y, al mismo tiempo, se produce la autoproclamada Revolución Argentina

que derroca la presidencia de Arturo Illia, acontecimiento que iniciando una década de insurrecciones políticas y represión estatal. En *Nuestros años sesenta* Oscar Terán expuso con contundencia su hipótesis del “Bloqueo tradicionalista” llevado a cabo por el golpe de Estado de 1966; Terán sostenía, en clave de conjetura política y cultural, que en esa intervención se fracturaba algo más que el estado de derecho, para leer una interrupción de una amplia modernización cultural, en especial las derivas del estructuralismo y las diversas actualizaciones del marxismo al interior de las instituciones políticas y las universidades. Según Terán el proceso de deslegitimación del poder y la institucionalidad política se fundaba, en parte, en un “hipertrofiado temor al comunismo y de una profunda desconfianza ante la democracia” (1991:163). En coincidencia con este diagnóstico, el ensayista advierte un cambio de época a partir de este acontecimiento; luego de 1966 la radicalización de la vida política y las exigencias de compromiso para los intelectuales serán, en efecto, cada vez mayores.

Estos dos hitos marcan el cambio de discusión en la línea editorial de la revista, se deja de lado la polémica interna a la cultura de izquierda focalizada en la querrela entre una literatura esteticista enfrentada a la politización de sus temas, entre un intelectual crítico cuya garantía de identidad se encontraba en su trabajo intelectual, incluso estético y un intelectual plenamente revolucionario. En este nuevo e incómodo contexto, Castillo perfila la figuración de un escritor-testigo respecto de los acontecimientos que estructuran la trama social, es decir, un sujeto plenamente anclado en lo real que experimenta todos los avatares de la coyuntura pero que, sin embargo, no deja de asumir su identidad como escritor. Este viraje constituye en Castillo una actualización singular de la teoría del compromiso sartreano, ahora entendida desde una práctica crítica sobre los materiales circunstanciales de la vida política. Su replanteo tiene como objetivo el trazado de una figuración personal, y correlativamente al interior de las revistas, la preferencia hacia un tipo de texto de carácter testimonial. Por lo tanto, este dispositivo que liga experiencia y escritura reconfigura el espacio del texto editorial; en lugar de desarrollar un discurso de tipo ensayístico fuertemente vinculado a la polémica intelectual, los editoriales se constituyen como operaciones críticas hacia las circunstancias de la realidad sociopolítica argentina. Esta nueva actitud se hace explícita en el n° 33 de 1967 al adoptar el tono de una autofiguración: “en países como éste, el hombre que

escribe es, quizá, quien más “tiene que ver”. *Ver*, de mirar: de ser testigo” (2015:165). La figuración del escritor como subjetividad volcada hacia el registro de la realidad adopta el tono de una decisión programática; el testimonio se presenta como un tipo de discurso que es, simultáneamente, un intento de comprensión, un ejercicio crítico y una toma de posición<sup>1</sup>. En consecuencia, la figura del escritor-testigo implica, para Castillo, un modo efectivo de intervención en las querellas del presente en el final de la década.

Cabe señalar que la figuración del escritor comprometido nunca deja de plantear en el ejercicio intelectual de Castillo una paradoja constitutiva; en tanto escritor plantea una defensa acérrima de la autonomía de su arte, pero simultáneamente encuentra una zona de incertidumbre vinculada al compromiso que termina por definir su identidad a través de una perspectiva que rebasa la especificidad de la literatura hacia su confusión con el mundo social y sus tramas políticas. En cierto sentido, sólo a través de esta ambivalencia, en una suerte dialéctica suspendida, se hace efectiva la práctica del compromiso como hecho político por parte de un escritor que confía en la singularidad de su arte como punto de partida y fundamento final para la crítica y la imaginación política. La figuración del escritor-testigo propuesta desde las revistas intenta modular el existencialismo humanista de la teoría

---

<sup>1</sup> Tal como sostiene Rossana Nofal el protocolo de lectura que organiza la estructura canónica y otorga legitimidad a los relatos testimoniales se encuentra en la afirmación del “yo estuve allí” (2015: 836). En efecto, propone leer los testimonios “como un género particular con marcas de un realismo que se inscriben en la tradición del sistema literario. [...] Estos relatos forman parte de las representaciones simbólicas de la literatura en tanto “no sólo representan una realidad sino que intentan disputar un espacio de interpretación de la misma” (Nofal 2002: 19). Se trata de un género literario que rechaza las leyes de la representación artística y se imagina fiel reproductor de lo real, lo que lo acerca más a la crónica periodística que a la novela. Los testimonios canónicos son aquellos en los que tanto el informante como el entrevistador pertenecen a los circuitos letrados y se definen como intelectuales”. (2015: 841) Resulta evidente que las caracterizaciones de Nofal se ajustan a ciertos textos de Castillo en los cuales el escritor asume decididamente una voz intelectual interpretativa de la realidad política; en este sentido, el auge del testimonio hacia el inicio de la década del 70 puede leerse en la entrevista que Rodolfo Walsh ofreciera a Ricardo Piglia en 1970. Sin embargo, al interior de la materialidad discursiva de las crónicas editoriales de Castillo emerge un componente claramente literario que tensiona la pretensión de verdad y demuestran, como sugiere Nofal, que “El género testimonial no puede desconocer la idea de “construcción” de los acontecimientos, de las tramas, de las argumentaciones, de las explicaciones sobre el pasado y sus consecuencias y los usos políticos de esa memoria” (2009/2010: 58).

sartreana para hacer convivir en sus páginas la politización de un sujeto escritor que, ante todo, reclama una valoración autonomista de su arte. En definitiva, aún en el convulsionado final de la década del 60 no se ha producido una fractura entre estética y política en el horizonte teórico de las revistas, ni en la práctica singular de la escritura de Castillo.

Sin embargo, luego de 1966 la modulación del ser escritor implica necesariamente una inmersión en la realidad sensible donde la palabra se enfrenta, se alía o se confunde con los lenguajes del mundo, con los acontecimientos y experiencias políticas manifiestas en la práctica viva de los sujetos. Es allí donde el escritor-testigo se encuentra en la intemperie de una paradoja, por un lado aspirando a la singularidad de su arte, por otro colocándose indistintamente junto a la multitud de discursos que refieren las controversias de lo real. En este sentido, la escritura de estos editoriales puede ser considerada cabalmente como un intento por registrar y recortar una mirada crítica sobre determinados “momentos políticos”<sup>2</sup> (Rancière, 2010) de su presente, evaluados con el carácter de la inminencia. A través de esta voluntad testimonial, surgen los textos de circunstancia que obligan a reconsiderar las definiciones de cualquier teoría política; son un intento por pensar lo político en el acontecimiento mismo de su constitución, es decir, en las circunstancias de su emergencia y singularidad cotejadas en el presente de su enunciación.

El agitado clima de discusión en torno a las turbulencias políticas del fin de década se expande hacia referencias internacionales; puede rastrearse en los siguientes números, los cuales abarcan el período que va desde mediados de 1968

---

<sup>2</sup> La noción de “momento político” descripta por Jacques Rancière configura un intento por comprender y redefinir un sentido de lo político a través de singularidades y movimientos emergentes. En este sentido, un “momento político” advierte que “la política no se identifica con el curso ininterrumpido de los actos de los gobiernos y de las lucha por el poder” (2010: 10). En efecto, Rancière plantea para esta noción una lógica contrapuesta al sentido político tradicional entendido como la búsqueda de consensos, para habilitar en su lugar el valor del “disenso”, instancia en la cual emergen las singularidades dentro del tejido social: “Un momento político ocurre cuando la temporalidad del consenso es interrumpida, cuando una fuerza es capaz de actualizar la imaginación de la comunidad que está comprometida allí y de oponerle otra configuración de la relación de cada uno con todos. [...] Un momento no es simplemente una división del tiempo [...] sino un desgarro del tejido común, una posibilidad de mundo que se vuelve perceptible y cuestiona la evidencia de un mundo dado” (2010: 11-12)

hasta principios de 1969. Una clara muestra de la heterodoxia teórica, estética y cultural que caracteriza a *El Escarabajo de Oro* se encuentra en la singular tapa del n° 38, febrero-marzo de 1969; la cual se distingue por elaborar un significativo collage de imágenes que incluye referencias teóricas bajo las cuales se coloca el proyecto cultural de la revista, y al mismo tiempo materializa referencias emblemáticas del tejido cultural sesentista: en el centro, un fragmento de la tapa del disco de *The Beatles Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* de 1967; en el margen superior izquierdo, una fotografía de Marx; en el centro, debajo del título, un retrato de Edgar Allan Poe; abajo en el margen derecho, el acápite de Nietzsche que forma parte del diseño habitual de la revista: “Di tu palabra y rómpete”, extraído del capítulo “La hora más silenciosa” de *Así habló Zarathustra*<sup>3</sup>. Este multifacético y heterogéneo archivo cultural debe enfrentarse con la represión ejecutada por el gobierno de Onganía; en el texto editorial de ese mismo número se describen los operativos que restringen la libertad de prensa al retirar de circulación varias revistas literarias, incluida *El Escarabajo de Oro* y el Semanario de la CGTA, así como la imposición de regulaciones que limitaban las publicaciones independientes de corto tiraje. Frente a este panorama, el texto editorial se hace eco de los sustratos filosóficos que operan como organizadores del proyecto para lanzar una declaración contundente:

Escribió Nietzsche: lo que no me mata, me hace más fuerte. También escribió el acápite de esta revista, pero como todavía no ha llegado el momento de rompernos, vamos a optar por la primera variante: por su bárbara terapéutica de Fénix. Vamos a confesar que lo más nos gusta de esta situación es su aire de catástrofe, de fatalidad. Porque, matarnos, no nos mata (*EEO*, n° 38, 1969: 292).

Justamente ese “aire de catástrofe” encuentra su traducción concreta en el escenario político y social argentino durante mayo de 1969 al producirse el

---

<sup>3</sup> Con el capítulo “La hora más silenciosa” finaliza la Segunda Parte de *Así habló Zarathustra*; dónde el texto nietzscheano coloca al personaje en diálogo con el silencio: “De nuevo volvió a hablarme el silencio: ‘Qué importas tú, Zarathustra? ¡Di tu palabra y hazte pedazos!’” (2001: 156)

Cordobazo<sup>4</sup>. El texto editorial dedicado a las protestas en Córdoba se presenta como la representación más acabada de la figuración del escritor-testigo; un cronista posicionado como un ojo que ve y registra críticamente en su escritura la inminencia de un estado de sublevación. Resulta evidente que este acontecimiento marca la coyuntura política en el final de la década del 60 y pone en juego la ambivalencia de la palabra literaria, señalando su límite: el teatro de acontecimientos materializado en las luchas callejeras. En ese contexto, ser escritor –y sobre todo, plantearse como escritor comprometido– no puede separarse de una mirada crítica sobre el presente político y el signo de la violencia social involucrado en la revuelta; por el contrario, el testimonio se impone como un imperativo ético vinculado a la teoría del compromiso, para involucrarse activamente en el activismo político, incluso revolucionario. La secuencia de eventos que van del 1968 a 1969 marca la radicalización de la vida política y da cuenta del clima cultural que convoca a la participación de esos sujetos comprometidos en una revuelta que conmociona la identidad del escritor y su función social. En efecto, desde el mayo francés hasta el Cordobazo se producen acontecimientos que, en coincidencia con los diez años de vida del proyecto editorial iniciado con *El Grillo de Papel*, se implican en una reconfiguración del lugar del escritor y su proyección en la escena política y cultural.

El texto editorial del número 39 “La Universidad sublevada” – fechado por Castillo “30, 31 de mayo de 1969” – construye discursivamente los acontecimientos implicados en la revuelta. La cercanía de los hechos, su trasposición a la escritura y la publicación en un medio de prensa alternativo, como lo son las revistas literarias, permite considerar su cercanía genérica con la crónica<sup>5</sup>, es decir, un tipo de texto vinculado a la inmediatez y al protocolo de verdad que se imprime sobre el

---

<sup>4</sup> Richard Gillespie, uno de los primeros historiadores y narradores la guerrilla argentina en su trabajo *Soldados de Perón. Los montoneros*, se refiere al “Cordobazo” como: “una fusión de protesta estudiantil y descontento obrero, éste de inspiración principalmente económica [...] Los días de luchas callejeras en Córdoba, durante las cuales se levantaron barricadas, se encendieron hogueras y algunas zonas de la ciudad quedaron en manos de los revoltosos, terminaron en una cruenta intervención de las fuerzas armadas. Un tributo de catorce muertos marcó los acontecimientos con una mancha de sangre. Sin embargo, la revuelta provincial y el éxito de la huelga señalaron el principio del fin del “onganiato”” (1987: 93-94)

<sup>5</sup> La crónica es un registro discursivo heterogéneo y dinámico. Sus rasgos distintivos son –paradójicamente– la hibridez y la indeterminación formal. A caballo entre el periodismo y la literatu-

relato. Sin embargo, esta proximidad con los acontecimientos no impide que el texto de Castillo inscriba procedimientos claramente involucrados con la escritura literaria, en especial en la incorporación de múltiples referencias culturales, hasta convertirse en una abierta proclama política que desfonda el género mismo de la crónica testimonial.

El procedimiento que organiza al texto toma la forma de un movimiento de focalización y expansión de las imágenes y representaciones de un momento de lucha generalizada; de ahí, el efecto de simultaneidad entre los hechos descritos en Córdoba, junto a la percepción global de los sucesos que marcan el momento político. A través de ostensibles marcas discursivas Castillo se construye como testigo y partícipe de la revuelta, e intenta trasladar la experiencia a su escritura en la cercanía inmediata de los acontecimientos; para esto construye una posición desde la cual evalúa una coyuntura que lo involucra y lo excede: “Lo que más odian, no hay nada que hacerle, es la inteligencia. Mientras redactamos esta página, hoy, noche del 30 de mayo de 1969, la policía, las tropas, los gendarmes marchan sobre los estudiantes en Córdoba, en Medellín, en Guayaquil, en Quito” (2015:324). El texto se construye como una escena de escritura mientras se repasan las noticias escuchadas en la radio y se describe el operativo represivo llevado a cabo por el ejército contra los estudiantes y trabajadores cordobeses, pero también proyecta el escenario represivo hacia otras ciudades latinoamericanas. Esa simultaneidad no es en absoluto inocente; el texto de Castillo intenta reseñar un estado de insurgencia política en escala continental. Luego, se intercalan otras noticias –obreros muertos en Tucumán, préstamos solicitados a los Estados Unidos por el ministro de economía Krieger Vasena, festejos por el día del ejército y otras efemérides irrelevantes–; a través de una lógica de yuxtaposiciones Castillo amplía el foco de su mirada hacia una dispersión que, sin embargo conecta ordenes espaciales y temporales. Por consiguiente, sitúa la sublevación de Córdoba junto a la de otras ciuda-

---

ra, entre la literatura y la historia, las crónicas se caracterizan por su brevedad y por su temporalidad discontinua, ligadas tanto al vértigo de la actualidad como a la observación detenida y la reflexión sobre el momento presente. Esta afinidad de la crónica con el acontecimiento inmediato y con su análisis crítico la vinculan a otros géneros discursivos, como el ensayo y el artículo de costumbres. La multiplicidad de registros que la transitan y la ponen en tensión resulta ser la clave de su dinamismo formal.

des latinoamericanas para luego expandir aún más la perspectiva hacia acontecimientos en escala mundial y abarcar en un mismo sentido la guerra de Vietnam y la revuelta de mayo del 68 en Francia:

Porque este es un fenómeno histórico nuevo, nuevo aún para las izquierdas. Esto es lo que los estudiantes franceses cifraron en la consigna surrealista: la imaginación al poder, lo que postularon como programa: exigir la realidad de lo imposible. Esto es algo así como el surrealismo de la violencia. Sólo que en Latinoamérica es más duro, se escriben menos frases en las paredes y hay más respuesta a los balazos de la gendarmería (2015: 340).

Los paralelismos entre París y Córdoba se multiplican para yuxtaponer ideologemas y consignas que ensamblan el escenario político a través de su agitación e internacionalismo; de ahí, la inclusión de expresiones en las cuales resuenan lemas del mayo francés –“la imaginación subversiva de la juventud” (EEO, n°39, 1969: 2)–, aunque insertados en la realidad de las protestas latinoamericanas, marcadas por la violencia y el despliegue de un aparato represivo claramente más eficaz que el europeo. En todo caso, el esfuerzo del cronista es proponer una mirada panorámica que permita abarcar estos movimientos dispersos e integrarlos en una corriente común de disensos. En gran medida, la sublevación cordobesa encierra un perfil singular en la experiencia política argentina, especialmente al abrir una brecha entre la dirigencia y el activismo de los estudiantes y el movimiento obrero; en este contexto el “surrealismo de la violencia” se plantea como el sintagma paradójico que intenta capturar la novedad de una acción política. En efecto, las popularizadas consignas “exigir la realidad de lo imposible” o “la imaginación al poder” resuenan como réplicas a la pregunta que se formula Castillo: “Quién dirige a estos muchachos, ¿Codovilla?” (2015: 340). La irónica mención al referente del Partido Comunista Argentino busca desarticular una avejentada estructura de militancia que se muestra obsoleta y alejada de la insurrección obrero-estudiantil. La experiencia, observada en primera persona, deja en claro que el acontecimiento rebasa las viejas organizaciones partidarias, al tiempo que delinea una ética de la subversión como estado de lucidez política. Al situar el texto en la complejidad de acontecimientos políticos y experiencias combativas que componen el final de la déca-

da del 60, la crónica-editorial redactada en mayo de 1969 oficia como un dispositivo crítico en el cual capturar un estado de efervescencia política, y al mismo tiempo, advertir las prácticas emergentes de la militancia revolucionaria. En efecto, la gestación de los dos movimientos guerrilleros más relevantes de la escena política argentina durante la década siguiente, Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), se produce contemporáneamente a los sucesos del Cordobazo, para intervenir públicamente un año más tarde, durante 1970<sup>6</sup>.

La crónica editorial de Castillo se propone como una indagación que excede la

---

<sup>6</sup> Tal como señala Richard Gillespie en su estudio sobre Montoneros “la evolución interna del nacionalismo y del catolicismo fue, pues, decisiva en la radicalización y “peronización” del núcleo original” (Gillespie 1987: 87). Luego de una etapa preparatoria iniciada hacia 1967, el 29 de mayo de 1970 Montoneros lleva a cabo el “Operativo Pindapoy” o “Aramburazo” irrumpiendo públicamente en la escena política argentina; según Gillespie la operación guerrillera “consistía en dar a la organización el bautismo público proclamando la responsabilidad de una acción espectacular que tendría repercusiones en todo el país. El hecho de que se produjese el día del primer aniversario del “Cordobazo”, mientras los militares celebraban el Día del Ejército, dio más fuerza al impacto y más relieve a la fecha. Una serie de cinco comunicados, escritos por Emilio Maza y Norma Arrostito, difundieron paso a paso la noticia del acontecimiento y presentaron a los Montoneros al público” (1987: 120-121). Por otro lado, y siguiendo a Gillespie, “en 1968. Aparecieron las Fuerzas Armadas Peronistas, y la decisiva desertión de las filas trotskistas de los hombres que poco después crearían el Ejército Revolucionario del Pueblo también ocurrió aquel año” (1987: 87). Durante el IV Congreso Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) realizado en 1968 se impone la tendencia guevarista conducida por Mario Roberto Santucho, a favor de la lucha armada como medio de confrontación política; dos años más tarde en 1970, durante el V Congreso del PRT, se resuelve la creación de su facción armada, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Un año más tarde en la revista *Estrella roja* -publicación mensual y quincenal que editaba el Ejército Revolucionario del Pueblo- aparecía en detalle el “Programa del E.R.P.”, el cual sostenía: “El Ejército Revolucionario del Pueblo está combatiendo en forma organizada, uniendo su actividad a la de otras organizaciones hermanas, asumiendo junto a ellas la responsabilidad militar en el proceso de guerra revolucionaria que ha comenzado a vivir nuestro pueblo en su lucha contra la opresión económica, política, cultural y militar que la dictadura ejerce en representación del imperialismo yanqui y del capitalismo argentino. Es nuestra participación combatiente en la guerra de la Segunda Independencia, continuación de la que los fundadores de nuestra nacionalidad, el pueblo y los héroes [...] libraron de 1810 a 1824 contra la dominación española. Hoy como entonces la lucha será larga. Hoy como entonces debemos enfrentar a un enemigo superior. Hoy como entonces la guerra revolucionaria argentina y latinoamericana se desarrollará en un proceso prolongado y comenzando por puñados de revolucionarios irá encontrando apoyo popular, irá ganado los corazones y las mentes de las masas, hasta el momento del triunfo final, sólo posible con el concurso y la participación más plena y activa de la clase obrera, el estudiantado y todo el pueblo patriota, antidictatorial y antiimperialista” (1971: 1).

ortodoxia política e ideológica, y en su lugar describe un recorrido a través de múltiples factores implicados en la fisura de un orden político y social que, en el contexto argentino, se materializa en la dictadura de Onganía. El procedimiento discursivo de generalización y amplificación hace derivar la escritura de perfil testimonial hacia el ensayo político; en consecuencia, Castillo organiza su lectura desde una perspectiva filosófica amplia, incluso ecléctica, que vincula al “comunismo esencial” de Herbert Read junto a las variaciones del compromiso sartreano. En este sentido, el ideograma del “nuevo orden”, esgrimido como significante de un horizonte de expectativa revolucionario, no implica solamente una visión anclada en los sucesos de Córdoba, sino que propone una constelación de espacios y temporalidades que revelan un tejido de sentidos en los cuales la idea de revolución resulta amplificada hacia un sentido vital y transhistórico:

Es la vida la que exige un orden nuevo. Porque lo que los seniles Pilares de nuestra sociedad llaman sublevación, desorden, caos, no es sino esto: otro orden. La búsqueda de otro orden, y no tan nuevo, un orden que ciertos hombres vienen rastreando por distintos caminos, hace más o menos dos mil años. Y por el que se vienen haciendo crucificar, quemar, matar en los montes de Bolivia o en los arrozales de Vietnam o en las calles de París o Córdoba, desde hace dos mil años. Me dirán que me exalto, que Cristo no es lo mismo que el Che o Giordano Bruno o el estudiante Bello. No sé, sé en cambio que todo lo que puede dar un ser humano por lo que cree, es todo (2015: 324).

Castillo coloca los sucesos de Córdoba en correlación directa con la revuelta de París, la experiencia guerrillera de Guevara en Bolivia y la guerra de Vietnam, en una suerte de hipérbole que engloba el espíritu de la revuelta a escala mundial. Pero al mismo tiempo, junto a estas figuraciones de la rebeldía política, filosófica o social, se plantea una coordenada histórica que describe ese presente como irrupción de temporalidades diversas. Ese salto hacia la discontinuidad histórica se compone como sumatoria de tiempos heterogéneos que efectúa una evaluación anacrónica de su propia actualidad. Al extenderse para abarcar referencias bíblicas o renacentistas hasta llegar a 1969, Castillo elabora una visión de la historia leída en clave, cuyo sentido se encuentra en la desobediencia y el cambio social. De

modo consecuente con esta perspectiva radicalizada de la historia y del presente se desliza una moral revolucionaria, una ética de la revuelta que encierra el núcleo problemático del texto. En efecto, “dar todo” es interpretado como el signo de un estado de rebeldía que abarca los más variados ámbitos de la creación humana; política, ciencia y arte constituyen modos de articular un pensamiento sobre la creación de nuevos estados y nuevas formas de vida. Si Cristo, Giordano Bruno y Ernesto Guevara se transforman en arquetipos de la entrega revolucionaria y componen una suerte de martirologio heterodoxo, Castillo lee en los suicidios de Van Gogh y Hemingway modos análogos de ese sacrificio. Resulta evidente que al yuxtaponer arte y política en un mismo plano de sentido se visualiza la paradójica posición de Castillo empeñada en una defensa de la producción estética; la creación sensible, estética, se une indisociablemente a una perspectiva vital, humanista e insurgente, es decir, política: “acá está en juego un nuevo sentido de la vida” (2015:324).

Al trazar un esquema de oposiciones entre los “seniles Pilares de la sociedad” y un “nuevo orden” vital descrito a través de una retórica de la emergencia, la saturación y el hartazgo, las expresiones de la cultura adquieren una potencia disruptiva que Castillo focaliza en la referencia al episodio de disidencia de Miguel de Unamuno<sup>7</sup>, como concreción de una disputa entre la represión militarista y la

---

<sup>7</sup> Si bien no hay una constancia escrita del discurso de Unamuno aquel 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, existen distintas reconstrucciones de los hechos. Según recogen Colette y Jean-Claude Rabaté en *Miguel de Unamuno. Biografía*, “en el estrado se acomodan personalidades del mundo académico, militar, cultural y social” (2009: 682) entre quienes se destacan la esposa del Francisco Franco y el general Millán-Astray. En un ambiente de tensión, Unamuno responde polémicamente al discurso del catedrático de Literatura de la Facultad de Filosofía y Letras Francisco Maldonado de Guevara. El comentario de Unamuno, en calidad rector, hace manifiesta su posición abiertamente crítica. Según Colette y Jean-Claude Rabaté el discurso de Unamuno sostiene: “Se ha hablado de guerra internacional en defensa de la civilización cristiana occidental; una civilización que yo mismo he defendido otras veces. Pero la de hoy es sólo una guerra incivil. No la guerra civil que de niño viví con el bombardeo de mi Bilbao, una guerra doméstica. Conquistar no es convertir. Vencer no es convencer y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compasión; no puede convencer el odio a la inteligencia que es crítica y diferenciadora, inquisitiva y no de inquisición” (2009: 684). Finalmente, la intervención de Unamuno es interrumpida por Millán Astray, quien “Se pone de pie y lanza el grito: “¡Muera la intelectualidad traidora!”, ahogado en parte por una gran ovación y otras exclamaciones de ira: “¡Abajo los intelectuales!”, “¡Viva la muerte!”. Esta vez el orador no puede seguir” (2009: 685).

práctica intelectual: “Todo el camino de la triste humanidad es un camino hacia esa última lucidez. Por eso lo que ellos más odian es la inteligencia, tenía razón Unamuno. Y hasta pudo decir: lo que más temen” (2015:324). En la ambigua amplitud del pronombre personal caben tanto la represión cordobesa encabezada por la gendarmería, los nombres de Millán Astray y Joseph Goebbels; presencias de una reacción que también se visualiza como una constante histórica, formas de una pulsión reactiva frente a las “universidades insurrectas” (2015:324). Pero sobre todo, el texto de Castillo hace evidente una perspectiva de la historia para la utopía revolucionaria figurada como el final de un recorrido sostenido, tangible en las luchas emancipatorias y antiimperialistas que organizan el discurso político de la izquierda e ingresan en el imaginario discursivo del editorial. Si bien Castillo prevé la desarticulación de la insurrección, sin embargo el texto da lugar a un horizonte de posibilidad en el cual visualizar la resonancia de esa experiencia, transformada, ahora, en una perspectiva vital: “estarán los que hayan elegido la lucidez de vivir sublevados” (2015:324). En la argumentación de Castillo la lucidez se formula como una propiedad de la cultura intelectual, sin embargo se encuentra articulada con la violencia política de la protesta; con lo cual se da forma a una constelación compleja y contradictoria, donde la práctica política y la creación intelectual forman parte de una misma tendencia de activismo disidente. En definitiva, el sintagma que captura la densidad discursiva de la crónica y se expande sobre la visión estético-política de Castillo, “vivir sublevados”, se sostiene sobre una paradoja teórica resultado de desprender una elección existencial desde la coyuntura política. Si en el número inaugural de *El Grillo de Papel* la literatura era presentada como un modo de vida, diez años más tarde en el contexto radicalizado de 1969 la política de acción directa también se transforma en un modo de ser y de vivir. De esta manera, la noción existencialista del compromiso adquiere una formulación personal, y es a través de la práctica crítica y la escritura literaria que la propia vida es asumida como una experiencia en la cual estética y política resultan modos correlativos de intervención en lo real. Sin embargo, hacia 1969 resulta evidente que el cambio social que Castillo nombra como “nuevo orden” no sólo es político, sino que implica al universo de la cultura, y en definitiva abarca la totalidad del sistema que organiza la vida común.

Los acontecimientos del Cordobazo, experimentados en primera persona por

Castillo, marcan la transformación de la escena política argentina; la insurrección se presenta como una consecuencia lógica ante el agotamiento de la actividad política reprimida y cercenada bajo la dictadura de Onganía. A partir de 1969, la sublevación y la violencia se transforman en herramientas verosímiles para la expresión política, prácticas que encuentran su legitimidad dentro de un contexto dictatorial y son adoptadas como ejercicio consciente en una lucha de resistencia. La “búsqueda de otro orden” (2015:324) formulada por Castillo en su crónica-editorial será la que se proyecte abiertamente en la radicalización de las luchas políticas durante la década del 70; y si bien Castillo no ingresa dentro de una corriente de militancia específica, el texto cristaliza una visión emergente que luego se concretara en las lucha revolucionarias. Resulta evidente que hacia 1969 las exigencias de transformación social hacen sospechoso el goce estético implicado en el discurso literario. La politización de la cultura dentro de un programa revolucionario se impone en la agenda intelectual al cuestionar el lugar del escritor en ese proceso de transformación. Tal como lo señala Claudia Gilman (2003), el modelo del compromiso tomado de Sartre comienza a ser revisado hacia el final de la década del 60, y se instala una nueva polémica interna entre los intelectuales asociados al progresismo a través de la figuración del “intelectual revolucionario”<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> La figuración del “intelectual revolucionario” es interpretada por Claudia Gilman dentro del proceso de radicalización política producido hacia el final de la década del 60. En su lectura de la historia intelectual del continente latinoamericano sostiene que “hacia 1966-1968 cuando, a partir de una nueva constelación de coyunturas, la legitimidad de la figura intelectual fue disputada, ya a favor del intelectual como conciencia crítica de la sociedad (una suerte de idea residual), ya a favor del intelectual-revolucionario” (2003: 144). Dicho contexto sociopolítico orientaría al “intelectual revolucionario” hacia una práctica o de militancia partidaria, aceptando su subordinación a la dirigencia política –“especialmente el Estado cubano y los movimientos guerrilleros” (2003: 30)-. En definitiva, esta disyuntiva plantea una valoración de la acción por sobre la crítica a fin de conseguir resultados eficaces en el terreno político. Consecuentemente, Gilman introduce la noción de “antiintelectualismo” buscando interpretar las tendencias autocríticas que se extendieron sobre el campo cultural; en efecto, el antiintelectualismo es definido como un “conjunto de valoraciones negativas sobre la identidad intelectual [...] cuando la apuesta por la acción adquiere más valor que la confianza en la palabra y cualquier otro tipo de práctica simbólica” (2003: 164); en consecuencia, el discurso antiintelectualista tendría su “emergencia y crecimiento correlativos al acentuamiento de la radicalización política de una fracción del campo intelectual” (2003:165). Estos movimientos hacen complejas las relaciones dentro del amplio espacio de la cultura de izquierda; como ya he señalado, la perspectiva de Terán advierte “una variación desde el intelectual del compromiso hacia otro más confiado en dicha posibilidad revolucionaria”.

Esta modulación planteó un antagonismo que enfrentó la acción política, valorada desde una perspectiva práctica vinculada a la eficacia, frente a la creación estética y la crítica político-cultural en tanto formas de producción simbólicas. La posición residual de Castillo en este contexto, es, en efecto, la resistencia a abandonar la cultura y la palabra literaria como partes consustanciales de una revolución de carácter humanista y anti-autoritaria. El proyecto de las revistas *El Escarabajo de Oro* hasta 1974, y luego *El Ornitorrinco* a partir 1977, así como la propia práctica de Castillo continuarán privilegiando la dimensión estética y a la literatura en tanto forma discursiva como fundamento desde el cual formular un lugar de enunciación en diálogo paradójico con la realidad. Esta obstinación se sostendrá como la marca indeleble de una actitud crítica que se mantiene como definición de una identidad y una praxis intelectual.

---

ria” (1991:22) consecuencia de un ajuste teórico entre las versiones vernáculas del pensamiento de Sartre y de Gramsci, es decir, desde la teoría del compromiso a la del intelectual orgánico, en cada caso. Esta transición imbrica necesariamente la función intelectual con la coyuntura política; según Gilman, “El paso que va del intelectual comprometido al intelectual revolucionario puede traducirse en términos políticos como la diferencia entre reformismo y revolución. Las exigencias crecientes de participación revolucionaria devaluaron la noción de compromiso. [...] La creciente oposición entre palabra y acción desnudó entonces los límites de la idea del compromiso. [...] Por eso mismo, muchos intelectuales se preguntaron si no había llegado la hora de abandonar la máquina de escribir y empuñar el fusil o, al menos, abandonar el goce estético para un futuro en el que la revolución triunfante socializara el privilegio de la cultura” (2003: 160-161).

## Bibliografía

- Castillo, Abelardo (2015): *El Escarabajo de Oro: edición facsimilar* / Abelardo Castillo; con prólogo de Elisa Calabrese. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Gillespie, Richard (1987): *Soldados de Perón. Los montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Gilman, Claudia (2003): *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Nofal, Rossana (2002): *La escritura testimonial en América latina. Imaginarios revolucionarios del sur. 1970-1990*. Tucumán: IIELA, Facultad de Filosofía y Letras: Universidad Nacional de Tucumán.
- (2009/2010): “Los personajes en la narrativa testimonial”. *Telar. Revista del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.T* 7-8 (2009/2010):51-62.
- (2015): “Configuraciones metafóricas en la narrativa argentina sobre memorias de dictadura”. *KAMCHATKA. Revista de análisis cultural*. Valencia. 6 Diciembre 2015: 835-851
- Rancière, Jaques (2010): *Momentos políticos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- [Sin autor] (1971). “Programa del E.R.P” en *Estrella Roja. Órgano del Ejército Revolucionario del Pueblo*. Año I, nº 1, Abril, 1971.
- Tarcus, Horacio (1999): “El corpus marxista” en Susana Cella [et. al] *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 10. La irrupción de la crítica*. Buenos Aires: Emecé.